

DIÓPTRICA (II)

Dióptrica (II)
David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Último tren

He descubierto hace no mucho que lo verdaderamente doloroso de esta vida es el paso del tiempo. Es decir, la consciencia de ello. Me encuentro ahora aquí, en la estación de Metro a las dos menos veinticinco de la noche de un viernes que ya murió. Estoy esperando el último tren antes de que finalice el servicio y me queden como única opción los autobuses nocturnos para irme a casa. Es así. Una puede estar en una parada de autobús esperando a que llegue y, si bien éstos suelen mediar de quince minutos para arriba de uno a otro, pasamos todo ese tiempo diciendo: “Joder, cuánto tarda”, pero lo sobrellevamos.

En cambio en el suburbano, miras ese panel que te dice que el “Último tren pasó 10:20 min”. Por alguna razón incomprensible del comportamiento humano, me quedo mirando pasivamente cómo ese marcador se incrementa a una lentitud casi estática. De repente cambia a “10:30 min”. Han pasado algo menos de diez segundos desde que lo miré pero a mí se me han hecho eternos. Tras unos pocos eones más llega a los diez minutos cincuenta segundos, cuando ya no puedo proseguir con esa hipnosis paralizante y dejo de mirar el marcador.

Me pongo a andar por el andén sin pensar mucho en nada, observando al operario de limpieza que barre las últimas colillas. Un hombre que no parece muy feliz con su trabajo pero que si le dieran otro sería el más desdichado del mundo. O al menos eso me parece a mí. Me da por mirar a la vía y veo llegar al tren del andén contrario. Trato de ver su marcador y creo que indica catorce minutos cincuenta segundos. Miro el de mi andén: trece minutos diez segundos. Increíble. Sólo en un paseo, casi dos minutos y medio apenas sin enterarme. Pero sin saber por qué, y esta vez consciente de cuánto me queda, me empeño de nuevo enganchada a la agotadora y al mismo tiempo atrayente tarea de contemplar el paso del tiempo (¡cuánto tiempo!).

Trece minutos veinte segundos. No cambia. No cambia. Ahora. Trece minutos treinta segundos. No cambia. Sigue igual. Lo mismo. ¡Cuarenta segundos! Vamos, ya queda poco. Vamos. Venga. ¡Joder, aún no cambia! ¡Arggh! Me estoy volviendo loca. Agacho la cabeza, orgullosa conmigo misma por no llevar reloj esta noche. Ando unos pocos pasos más en una dirección al azar. Doy media vuelta. Ando otros pocos más. Llega el tren. Menos mal. Ya era hora. Por otro lado, tan sólo lo he esperado unos cuatro minutos. Pero se me han hecho tan largos. Seguro que más que los quince que hubiera pasado esperando al búho. Ahora entraré en el tren y para engañar al sueño escribiré todos estos pensamientos. Además, así se me hará mucho más corto el viaje.

Vuelvo a preguntar la hora. Son las dos menos veinte de la noche y aún me queda una hora larga de camino. Pero ya sea escribiendo, ya sea soñando, trataré de no darme cuenta. Y es que he descubierto que lo verdaderamente doloroso en esta vida es ser consciente del paso del tiempo.

Pero de eso ya hace mucho.

¡Vuela, Peter Pan!

Normalmente no me acuerdo de lo que he soñado. Pero el sueño de esta noche creo que no lo olvidaré jamás. Ha sido fascinante. Estaba yo de pie, mirando al cielo sin ninguna razón aparente. De repente, se hacía de noche. Así sin más, de golpe. Las estrellas empezaron a brotar una tras otra, aleatoriamente. Debía estar en una ciudad, porque había edificios, aunque muy altos, rascacielos altísimos. Y no había nadie más. Sólo estábamos el silencio y yo. Hasta que llegó un sonido lejano como de mar. Unas olas que rumoreaban lejanas como si tuvieran una clara decisión: devorarme. Me dio miedo. Me da miedo el mar.

Empecé a asustarme y el sonido oceánico se hizo más fuerte, como si se acercara. Me sentí muy sola y desprotegida. Fue sólo un instante, pero fue terrible. Por fin, llegó él. Y llegó volando, como un pájaro, como un superhéroe, como un ángel. Pero no un ángel cualquiera, sino una especie de ángel caído, pues no tenía alas y sí como unos jirones grises colgando en su espalda. Descendió suavemente, se posó a mi lado, dio un cuarto de vuelta hacia mí y me miró. Yo no sé cómo funciona el tiempo dentro de los sueños pero recuerdo difusamente cómo aquella mirada me pareció durar siglos y a la vez centésimas de segundo. Sin decir palabra, me abrazó. Fue un abrazo tan cálido e imprevisto que aún lo estoy echando de menos. Uno de esos abrazos que no quieres que se acabe nunca. Pero la realidad es que, como con todas las cosas, se acabó. Aunque antes pasaron otras cosas.

Tras su acercamiento noté cómo nos elevábamos del suelo suavemente. Le miré. Tenía los ojos cerrados. Y sonreía. De repente bajó el brazo con el que me tenía agarrada y me tomó la mano. Soltó el otro brazo. Yo me mostré nerviosa, pero una sonrisa suya y un abrir de ojos para lanzarme una de esas miradas que tiene en su repertorio (ésta era la de “Confía en mí”) fueron suficientes para que yo me dejara llevar. Me vi cogida de su mano, flotando en el aire junto a él. ¡Qué sensación! Sin soltarme, avanzó hacia delante como si tuviera bien claro dónde ir, aunque no fuera un destino marcado. Me sentía como un pájaro o una nube, con mi cuerpo extendido, mi corazón desbocado y mi alma entregada. Juntos emprendimos el vuelo hacia allí, fuera donde fuese ese lugar, muy despacito primero, acelerando poco a poco.

Miré hacia abajo y el mundo parecía borroso y poco definido. Estábamos muy arriba ya e íbamos a toda velocidad. Ninguno había pronunciado palabra alguna. No hacía falta. A mí me apetecía gritar de la emoción, pero no lo hice para respetar el silencio cómplice. Le miré de nuevo. Sonreía también. Pero esta vez era otra sonrisa distinta. En ésta se mostraba un niño. Un niño feliz que volaba y se negaba a crecer, a ser mayor. De pronto la ciudad desapareció. En su lugar el espacio que sobrevolábamos mostraba un aspecto menos urbano. Más rural. Más decadente. A intervalos irregulares las casas bajas (ahora estábamos más cerca del suelo) se disponían como al azar sin mostrar orden ni concierto alguno.

El paisaje se estropeó cuando vi tirados entre lo que no eran calles del todo definidas algunos cuerpos humanos en descomposición. Cadáveres esparcidos por todas partes, todos ellos sin rostro, muchos de ellos fragmentados o mutilados o ambos. Algunos mostraban visiones realmente espantosas, con el abdomen y el tórax abiertos, descubriendo sus vísceras. También había perros en semejante estado. Las moscas pululaban a su alrededor. Yo me escandalicé y emití un gemido sordo. Le miré a él. Ya no sonreía. Ni siquiera me devolvió la mirada, a pesar de que era lo que más deseaba. En su lugar sólo quedaba un rostro serio, un semblante inamovible de solemne

imperturbabilidad. Miraba al frente como si la nada pudiera responderle a una pregunta no formulada.

Aquello duró un momento, pues la pesadilla cesó enseguida para dar paso a otra mucho peor: el mar. El inmenso océano se extendió de improviso ante nosotros, tan enorme, tan asfixiante, tan oscuro y enigmático. Nos detuvimos. Yo estaba aterrada y él me soltó. Casi grito. No fue así porque, nada más soltarme, alzó una mano con la palma extendida, y al bajarla, en el espacio que ocupaba tapando un trozo del fondo del cielo, apareció una luna. Una luna llena enorme y redonda, que antes no estaba allí y que, al momento, reflejó su luz pálida sobre la inmensa masa de agua salada. Fue escalofriante. El sonido del oleaje apagaba el de mi respiración entrecortada y el vaivén de las crestas marinas acallaba la luz lunar.

Entonces pareció verse una negra sombra moviéndose en las profundidades. Era gigantesca. Él bufó un gemido disgustado y parecía realmente furioso. Levantó los dos brazos con las palmas muy extendidas y repitió la operación de antes, creando nuevas lunas. Grandes, pequeñas, lejanas, mágicas. Era una visión increíble. No me la puedo quitar de la cabeza. Él estaba muy irritado y parecía sudar. El cielo nocturno estaba poblado de decenas de lunas llenas que enfocaban su blanco fulgor al mar. Y allí estaba. La sombra. El monstruo. La Bestia. Un tiburón negro como el carbón de ulla, del tamaño de un tren de largo recorrido, surgió de las aguas con las fauces abiertas, directo hacia nosotros. Yo seguía hasta entonces suspendida en el aire, sin asidero ni apoyo alguno, pero el horror me invadió y me sentí desvanecer. Empecé a caer como si los hilos que me sostenían hubieran sido cortados, directa a aquella infernal boca llena de afilados dientes de fatal destino, de abismo oscuro. Me puse a gritar histérica de pavor. Como en respuesta a eso, Él se arrojó en picado, pero no hacia mí para recogerme en vuelo, reemprenderlo hacia arriba de nuevo y salvarnos. Lo que hizo en su lugar fue lanzarse a las negras mandíbulas del titánico escualo. Y en un inapreciable movimiento de cepo, le devoró.

Y desperté. Sudaba como un pollo. Todavía me estremezco al pensarlo. Porque todavía recuerdo lo que me dijo cuando se arrojó hacia el tiburón, cuando abrió la boca por primera y única vez en todo el sueño para pronunciar esas palabras que todavía retumban en mi cabeza como un eco infinito.

<<Vuela, mi niña, vuela.>>

La (tragi)comedia del arte

Este fin de semana ha llovido mucho, casi podría decirse que ha sido monzónico. Apenas ha parado de llover. Por suerte hoy lunes ya está el cielo precioso, las nubes han empezado a dispersarse, como si ya hubieran terminado su misión de tapar el cielo y echar agua como si hubiera sido almacenada durante décadas. Ahora, como titanes gaseosos en peregrinación, prosiguen su camino lentamente, pausados, distantes. Juegan a adoptar formas irreconocibles y faltas de toda significación, conscientes y burlones de que nosotros también jugaremos no obstante a dársela. Ahí hay un dragón. Y ahí un barco pirata. Pero no. Sólo son nubes. Enormes y grises nubes sobre fondo azul. Azul cielo, por supuesto. (¿Por qué el cielo es azul? El otro día me lo explicaron en clase. Me llevé toda una decepción. Creo que inventaré otra explicación en unas pocas líneas.)

Nubes que, en el fondo no sirven a nadie más que a las leyes físicas de la Naturaleza. Por eso mismo llueve también. Pero la lluvia no me parece tan hermosa, o no tanto como este óleo sobre mi cabeza, en el que el pintor loco decidió cubrir todo el lienzo de azul para después dar pinceladas aleatorias con el gris y el blanco. ¿Qué habría en su mente cuando lo creó? ¿También lo creyó? Creer. Crear. Me encantan ambas palabras. Debe haber alguna razón por la que son tan parecidas, al menos en este idioma. No voy a hacer aquí y ahora ningún tipo de disertación teológica, pero cuánta relación tienen ambos conceptos. Creación y Fe.

Desconozco de la existencia de un Creador, désele el nombre que se le dé (ya sea Dios, Yahvé, Demiurgo o Gran Plato De Espagueti Con Albóndigas) pero he de reconocer que este cielo me da esperanza. Me hace pensar que hay posibilidades de que las cosas mejoren, de que la vida no es más que un repetitivo ciclo de acontecimientos en el que para cada momento álgido habrá un punto de inflexión que lo sumerja en la mayor decadencia. Y viceversa. Tras una tormenta hay calma. Eso dicen. Pero a nadie se le ha ocurrido añadir que “después de la calma, otra tormenta y vuelta a empezar”. Si hay un Creador debe ser un genio que ha comprendido esto perfectamente y que además tiene muy buen gusto. Para pintar, quiero decir.

Los cielos son apasionantes. Hay tanto que no vemos detrás de ellos. Ahora veo un avión, muy alto, arriba, inconsciente de su propia libertad, sólo por el mero hecho de estar volando. Ahí tienes a uno que ha conseguido vencer parcialmente a las fuerzas de la Naturaleza. Al menos a la gravitatoria. Sí, es cierto que para ello debe someterse a otras por aquello del equilibrio, pero eso da igual. Prefiero ignorar esa parte. Es más romántico así. Parece tan pequeño ahí arriba, toda una mole metálica de trescientas toneladas. Pero desde mi punto de vista no es más que una punta de flecha que se desplaza a cámara lenta, arañando la gran obra de arte celeste. Una vez más sólo son puntos de vista. Dichoso caos.

Cómo las pequeñas cosas pueden llegar a ser las más grandes. Las más importantes. Cómo pueden influir desde su supuesta insignificancia para el observador alejado en las partes importantes del ser con tanta decisión. Pero acércate. Implícate en ello. Míralo de cerca. Contéplalo desde dentro. La locura te acechará, sí, pero hallarás la realidad de las cosas. ¿Realidad? ¿Puntos de vista? ¿Acaso no es lo mismo aunque difieran del todo? Paradojas. Me encantan las paradojas. Son los heraldos del caos: causas pequeñas, grandes efectos. Así de sencillo. Hasta ocho mil metros pueden convertir una bestia alada en un simple mosquito.

El Gran Enigma sigue irresoluto para mí. ¿Qué hay detrás de los cielos? Es una obsesión. Una incógnita que despejar en el polidimensional sistema de ecuaciones del mundo. De mi mundo al menos. Lo sé. Sé que estudio Físicas, que tengo una biblioteca fabulosa llena de libros fantásticamente rigurosos. Pero no me refiero a eso. Me refiero a esas respuestas que la Ciencia (al menos por ahora) no puede darme (aunque es probable que no pueda darlas nunca).

¿El Creador de antes? Buena explicación. Rápida, fácil, pero eficaz. Un Demiurgo artista. Puede valer, aunque a mí no mucho. Una vez leí en un libro de filosofía (del que no recuerdo el nombre) en el que la protagonista vivía en un juego de realidades (¿de qué me suena?) que a ese Dios lo tuvo que crear alguien. Y a ese alguien otro alguien. Y así. Lo que entra aquí es la eterna relación: crear igual a creer. Y al revés. Por otro lado también puede haber creación sin creencia. Yo estoy aquí sin saber por qué, planteándomelo.

Mentira. La sola consciencia de mi existencia hace que ambas estén indisolublemente unidas en los dos sentidos. Ya se sabe: <<*Ergo, cogito sum*>>. Volvemos a lo de siempre. Y si seguimos por ahí llegamos a la Óptica. Al enfoque. No se puede ver sin mirar. Pero mirar no es ver. No es la Verdad. Distancias. Luz. Ilusiones. Todo tiene tanta relación, que yo no puedo alcanzarla plenamente. Ojalá fuera lo bastante inteligente para ello. Ojalá pudiera encontrar el telar en el que se enredan armoniosamente tejidos los hilos del Espacio y el Tiempo. Ahí está el Gran Enigma del Universo. Un hermoso telar, un lienzo mimado. Como este cielo.

Toda una obra de arte.

Incontenible

No es una reacción física. Ni química. Es más que eso. Es un torbellino de emociones. Es un latigazo que nace del pecho y asciende hacia arriba como una descarga eléctrica. Y tras su paso, el área por donde subió queda por unos instantes cargada con una energía remanente, energía en estado puro. El corazón acribilla los nervios que lo rodean, palpitando con la fuerza excitada propia de dos amantes lujuriosos. Pero lo que lo mueve nada tiene que ver tanto con la lascivia como el deseo primigenio. Porque lo hay. Hay deseo. Hay atracción. Pero sobre todo hay esperanza.

Porque esta atracción no es sólo física, ni es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Bueno, eso sí, la verdad. Quizá a bastante más del cuadrado. Al cubo, o no sé. Cuando pasa cerca de mí no hago más que desearlo. Y cuanto más se aproxima más nerviosa me pone. No lo puedo evitar. Y cuando me mira, me anula por completo. Es otra reacción-sensación distinta. Aquí me deshago. Me derrito acalorada como un cubito de hielo en la ventana de un día de verano. Pero no es calor. Es otra cosa. Otra forma de energía distinta, nueva, apetecible, peligrosa, incontrolable. Es como un estallido a pequeña escala, un diminuto “Big Bang” dentro de mí, concentrado pero en fase de constante expansión. Es el nacimiento de una criaturilla hambrienta, una cría de no sé qué clase de bestia que crece y crece, alimentándose de mi propio autoconsuelo y desesperación. De mis sueños irrealizables. De mí.

¡No! Basta. Renuncio. Me niego a aceptarlo. A definirlo. Porque no admite tal cosa. No se explica. No se domina. No se evita. Sólo se siente. Y es muy difícil vivir con ello. Esa nube de encanto, de hechizo, de nostalgias y anhelos de un instante atemporal. Ni tiempo ni espacio. Nada y todo. Eso es. Y no. Fuerza y debilidad. Uno y otro. Extremos. Y yo en medio. Aquí. Y no puedo más. Me va a estallar por dentro. Voy a explotar. Me tiene loca. No puedo retenerlo. Necesito decírselo. Es.

Ni toda la Física del hombre moderno podría entenderlo ni explicarlo.